

Guerra de clases, guerra de sexos

Giménez Bartlett es ya una clásica contemporánea que se basa en la sátira de la realidad incómoda. En *Hombres desnudos*, premio Planeta, el delito parte de la quiebra económica

Por Justo Navarro

NARRATIVA. HAY UN MOMENTO en que el taladro rompe la pared, y el joven profesor de literatura es despedido del colegio de monjas, y la empresaria modelo y perfecta casada ve cómo su fábrica se derrumba y su marido la deja: la economía va mal. El novelista de crímenes Jean-Patrick Manchette consideraba a la novela negra parte del realismo crítico, pero ahora el realismo crítico en general se vuelve novela negra. En la novela negra, según Manchette, no cabe otro personaje positivo que el detective, y en *Hombres desnudos*, de Alicia Giménez Bartlett, no hay detective, no está la comisaria Petra Delicado, aunque quizá haya crímenes: la quiebra económica se ha convertido en un estado de ánimo de inevitable siniestro total.

Javier, el profesor, cambia el aula por la cola del paro, el club de stripteas, el servicio sexual para señoras. “¿Qué es esto, *La metamorfosis* de Kafka? Un día te levantas y en vez de tener al lado a tu pareja tienes un bicho”, dice su novia. Eso es el paro: todos empiezan a ver con otros ojos al desempleado, incluso él mismo, en peligro de demolición como el cesante de Galdós en *Miau*. La millonaria en dificultades, Irene, lo que no le perdonará al marido-rata no es que huya del barco con una rata mucho más joven que ella:

“Seré incapaz de perdonarle que haya hecho de mí otra mujer”. Porque un matrimonio disuelto significa que quien parecía equilibrado es todo lo contrario. Irene se transforma en un tubo de ensayo el caso del profesor despedido y el caso de la mujer abandonada, y ha añadido un reactivo: el *crash* económico. Lo que parecían vi-

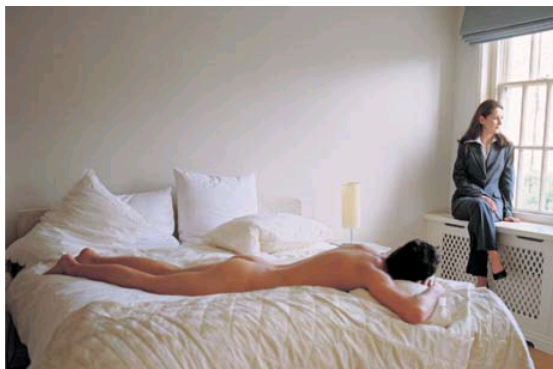


Foto: Betsie Van der Meer (Getty)

das o líneas paralelas se revelan líneas convergentes que juntarán dos intermediarios, dos ángeles: un imprevisto amigo de Javier, Iván, con nombre de zar terrible, sensibilidad de bajos fondos e inteligencia y humor en estado bruto, que no entiende los remordimientos desesperados del estudiante asesino de *Crimen y castigo* y piensa que la dignidad es cuestión de dinero, no de trabajo; y Genoveva, cincuenta-princesa de la diversión, “mujer sin ataduras” que plantó a su marido por “un chaval carne de gimnasio, guapo, joven y cutre”. Iván el pobre y Genoveva la rica comparten un modismo: “Siempre he ido a mí bola”.

Hombres desnudos fluye sobre cuatro conciencias que se cruzan, antagónicas entre sí, en primera persona, mientras la autora permanece a un lado, espectadora imparcial y sonriente de la comedia que está montando: si el cuadro de costumbres se ennegrece, el humor ilumina la negrura hasta que la violencia soterrada irrumpe como fulminantes pasos de danza. El profesor estriper ve a la millonaria “per-

turbada, la persona más desagradable, arisca como una alimaña”, pero añade: “Me gusta y sé que puede ser fatal como un veneno”. La millonaria fatal, Irene, corrige al profesor de literatura a propósito de *La Celestina*: no son el sexo y el deseo lo importante, sino las diferencias sociales entre los nobles amantes y la chusma, que usa la pasión como arma para aprovecharse de los poderosos. “La relación con Javier es como un experimento sociológico (...). Me hallo instalada en el exceso, en la anarquía. Soy feliz así”, dice en su soberanía, como si fuera discípula de Georges Bataille.

Alicia Giménez Bartlett es ya una clásica contemporánea: desde *Exit*, en 1984, fundamenta su literatura en la sátira de la realidad incómoda, algo en lo que hoy coinciden autores como Isaac Rosa o Carlos Zanón. Observa lúcidamente los valores como costumbres que con el tiempo cambian y quizá se vuelvan irrisorias, aunque el clasismo y el sexismo perduren como esa cicatriz que a fuerza de ser vista resulta invisible. •

Buena novela, historia errónea

Por Luisgé Martín

NARRATIVA. EL CAMINO DE LOS difuntos es una novela de 40 páginas exactas, lo que permite recomendarla sin mucho riesgo de disgustar: el lector encontrará en ella un relato tenso y narrativamente vigoroso. François Sureau consigue crear un extraño clima de desasosiego que invita a pensar en todo momento que una bomba va a estallar entre las páginas. Hay algo infectado en las palabras, algo en ese pasado que el narrador evoca desde el principio que se sabe podrido y que arrastra en la lectura.

Resulta de algún modo asombroso que el autor pueda apuntar tantos temas sugerentes en una novela de frasco tan pequeño, pero al mismo tiempo resulta decepcionante que sólo tire —y tampoco mucho— de uno de los hilos. Sureau habla de la mentalidad de la izquierda (francesa, pero quizás europea) en los años ochenta, del carácter universal o relativo de los derechos humanos, de la arbitrariedad inevitable en la administración de justicia o de los abusos de los pícaros en la adjudicación del estatus de refugiado.

El camino de los difuntos plantea un dilema moral de fuste, sobre todo en estos tiempos de migraciones forzadas en todo el planeta y de conflictos políticos, étnicos, territoriales e identitarios que expulsan a miles de personas de sus hogares. Un juez francés, *petit bourgeois*, de izquierdas, tiene que decidir sobre la renovación del estatus de refugiado de un individuo que lleva muchos años en Francia en ese régimen. El individuo asegura que si se le niega la renovación tendrá que volver a su país y será tal vez asesinado. Los jueces, después de examinar todas las variables, toman su decisión. No quiero hacer un *spoiler*, aunque la intriga no es lo fundamental del libro.

Leída en Japón, en Somalia o en Nueva Zelanda, esta novela no tendría quizá ningún reparo. El dilema está irrepresablemente planteado y las fuerzas del destino actúan con su valor literario característico. El problema es que los elementos del conflicto los tenemos bien sabidos en España: un refugiado vasco, ETA y los GAL. Y el uso que el autor hace del conflicto terrorista es cuando menos interesado y algo torcido. La elección de un refugiado que mató a Melitón Manzanas (el autor lo inventa, pues nunca se supo el nombre de los asesinos; y de ese modo, haciendo historia-ficción con un suceso tan llamativo, enturbia cualquier simbolismo moral), que repudió luego a la ETA posfranquista y que siente la amenaza de los GAL deja poco margen al rigor y prueba que Sureau acierta al dibujar al principio a su personaje: “Seguíamos siendo de izquierdas [...], pero al mismo tiempo llevábamos aquellas ridículas chaquetas austriacas sin cuello [...] que prestaban a los militantes de vacaciones un aire heideggeriano”. Es un debate antiguo: ¿existen buenas novelas con historias equivocadas? Yo creo que sí, y esta es una de ellas. •



El camino de los difuntos

François Sureau
Traducción de Laura Salas Rodríguez
Periférica
Cáceres, 2015
56 páginas. 11 euros

Cuatrocientas páginas de más

Por Carlos Pardo

NARRATIVA. AL COMIENZO DEL segundo capítulo de *La isla de Alice* hay una cita de *La isla del tesoro* que resume las intenciones de Daniel Sánchez Arévalo: “... y las penosas reflexiones que pasaban por su cabeza le daban un aire tan ridículo y cómico que sentí tentaciones de sonreír”.

Resumamos la trama. Chris muere en un accidente de coche dejando a su joven mujer, Alice, embarazada y con una niña pequeña. Se suponía que Chris volvía del trabajo, pero el accidente lo tiene en una carretera en otra dirección. Las pesquisas de Alice para encontrar una respuesta al viaje secreto de su marido la llevan a Robin Island, una pequeña isla de Massachusetts, adonde decide mudarse con sus dos hijas.

Según la publicidad del Premio Planeta, de la que fue finalista, la primera novela de adultos del director de cine y guionista Daniel Sánchez Arévalo (Madrid, 1970) es un *thriller* y una historia de superación. A



La isla de Alice
Daniel Sánchez Arévalo
Planeta
Barcelona, 2015
624 páginas
21,90 euros

esto añadamos una declaración del autor: su propósito es retratar a la clase alta estadounidense. Pero volviendo a la cita de Stevenson, y siendo generoso, *La isla de Alice* es el proyecto de una película en la que tragedia y comedia convivan en un mismo plano. Además de un libro español para lectores españoles, con un gracioso extrañamiento por el habla castiza sacada de contexto. Y también una novela de entretenimiento a la que sobran 400 páginas.

Sánchez Arévalo quiere meterlo todo: localizaciones, marcas comerciales, horarios de ferris, colores, expresiones locales, “arrendajos azules”. Cada sospechoso es una excusa para perder el tiempo en la construcción del personaje y emborronar la historia. Hay desmesura en los detalles que sólo cumplen la función de crear ve-

rosimilitud. Y desconfianza en la sugerencia de la palabra. El autor se ha olvidado de quitar los andamios una vez construido el edificio. Y esto afecta a lo que hubieran sido puntos fuertes de *La isla de Alice*. Empezando por el delirio humorístico de una narradora que ya bromea a los pocos días de la muerte de su marido. ¿No hubiera sido más sensata una elipsis de unos meses que dejara macerar la tragedia de Alice? Pero su verborrea es imparable. “Estos diálogos internos los tenía yo mucho antes de este drama”, se justifica. Otro ejemplo: Alice acaba de descubrir una pista para su investigación cuando se marea en el coche. “No, no había parado, pensé mientras bajaba la ventanilla. Me estaba mareando. De pequeña me mareaba siempre que viajábamos en coche. Pero no me ha vuelto a pasar”. Y sigue una reflexión... y el lector está a punto de abandonar.

Sánchez Arévalo ha dicho que esta novela es su mejor película. Obviando que un guion más esquemático (de 200 páginas) también funcionaría mejor como novela, esperamos que la película conserve el desdoblamiento castizo y resuelva las interminables descripciones y justificaciones de la narradora (y/o del autor) con la evidencia de un plano de cámara de un segundo. •